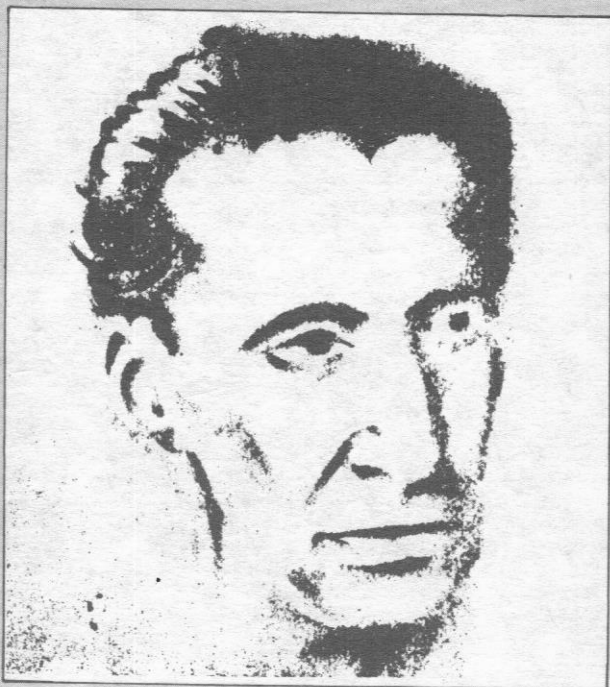


PENSAMIENTO Y CULTURA



Porfirio Barba-Jacob

La mujer en la vida y en la obra de Miguel Angel Osorio (Porfirio Barba Jacob)

SEGUNDA PARTE

FERNANDO SANCHEZ TORRES*

La madurez (Epoca existencial)

A la muerte de su madre Benedicta, Miguel Angel Osorio, ya llamándose Maín Ximénez, huye de su terruño en busca de nuevos horizontes, tras la estrella de la gloria. Llega en 1906 a Barranquilla, primera etapa de su periplo por la universidad de la vida. Sus balbuceantes versos, su despierta inteligencia, su parla cautivante, le abrieron pronto las puertas del cenáculo intelectual de la ciudad, en el que campeaban Lino Torregroza y Leopoldo de la Rosa. Este, además de poeta, era un larvado homosexual⁵³. Miguel Angel Osorio trocó entonces su nombre por el de Ricardo Arenales e inició su vida trashumante, poseído por el demonio de la carne. En efecto, su comportamiento sexual, hasta entonces aparentemente tranquilo, se desborda y anega sus sentidos. Aquí comienza, en mi concepto, lo que Daniel Arango Jaramillo calificó, refiriéndose a la sensualidad que acompañara al poeta, como una pasión arrebatada, demoníaca, como un instinto sexual sobrecargado y difuso, extraviado y ardiente⁵⁴.

* Médico, ex-rector de la Universidad Nacional de Colombia, Profesor universitario, expresidente de la Academia Colombiana de Medicina, escritor, ensayista, Presidente del Club Médico de Bogotá.

53. Vallejo, op. cit., pág. 47.

54. *Porfirio Barba-Jacob*, en Revista del Centenario de Porfirio Barba-Jacob, Santa Rosa de Osos, abril de 1983, No. 3, pág. 23.

Considero que Barranquilla fue el sitio donde, tímidamente, inició su actividad homosexual, sin perder su insaciable capacidad heterosexual, pues, como veremos adelante, allí se convierte también en asiduo cliente de los prostíbulos. Dice Fernando Vallejo que el poema *La dama de los cabellos ardientes*, escrito en México en 1918, es muy importante por cuanto en clave encierra la iniciación del poeta en el consumo de la marihuana y en sus prácticas homosexuales⁵⁵. Aún más, Vallejo insinúa que esta desviación empezó en Honduras, a mediados de 1916. Yo me inclino a aceptar, basado también en la clave que encierran sus escritos, que fue diez años atrás, hacia 1906, y en Barranquilla. En *La divina tragedia* dice, recordando su permanencia en Barranquilla:

(. . .) Pero al fin, al fin, una noche azulina, entre los coros de los vientos y el rumor romántico de los palmares. . . Una dulce noche de la dulce vida. . . Ah, no. . . Me es imposible revelar aquí estas tristes perlitas, este menudo aljófzar de mi corazón matutino. Cada lector tiene en su historia esos aljófzares: escenas semiborrosas, canciones a medio olvidar, besos, un lampo de sol, una amistad que nace, una canción. . . ¡hasta mañana, amor! Y todos saben lo que he querido decir y aún no digo (. . .)⁵⁶

El despertar y hacerse realidad su homosexualidad dormida, están recogidos en esas líneas vagas, ambiguas. Si lo que ocurrió en esa "dulce noche de la dulce vida" hubiera sido con una mujer, él no hubiera tenido ningún reato para consignarlo, tal como refirió con franqueza en el mismo escrito sus devaneos con la negra Sulamita cuando era soldado del gobierno. Esa exclamación "pero al fin, al fin. . ." es el hallazgo de algo que se había anhelado ansiosamente y que de pronto se alcanza con inmensa fruición.

Pero su inquietud literaria, su sensibilidad poética, era compartida con su sensualidad arrebatada y la mujer seguía proporcionándoles inspiración y desahogo a ambas pasiones. En efecto, en carta dirigida desde Barranquilla a Luis Felipe Trujillo da a conocer lo que pensaba de la mujer barranquillera: ". . . aquí en la Costa lo he comprobado, las dulces mujercitas detestan al buen señor que las respete bonachonamente y aman al hombre franco, valeroso, salva-

55. Vallejo, op. cit., pág. 69.

56. Ibid, pág. V.

je, primitivo y brutal que las excita y es capaz de quererlas, con sonrisa de triunfo, bajo el mostacho enhiesto. . . ”⁵⁷. Nada de raro tiene que, por eso, comprobada la similitud del comportamiento de las mujeres caribeñas con el de las de Barranquilla, se hubiera dejado crecer un descomunal bigote⁵⁸.

A uno de sus amigos cercanos de los últimos años —Marco Antonio Millán— le confió que en su juventud, viviendo en Barranquilla, había tenido una amante de ocasión⁵⁹. Cualquier noche, cuando se disponía a cumplirle una cita de amor, se encontró con que la estaban velando pues había muerto en una riña suscitada en el burdel que ella frecuentaba. Este acontecimiento trágico le inspiró el poema *Carmen* o *Mi vecina Carmen*, escrito en noviembre de 1906 y publicado en el periódico *El Siglo* de Barranquilla, en marzo de 1907. Hélo aquí:

*Esta noche tengo miedo de estar solo. Entre la sombra
hay un fantasma que cruza de mi pobre sueño en pos. . .
Imagino que me llama, que se acerca y que me nombra. . .
Esta noche tengo miedo de estar solo. Entre la sombra
imagino que de pronto va a resucitar su voz.*

*Era por cierto bien tarde cuando murió mi vecina:
en la sala de su casa borbota un foco de luz. . .
están rezando el rosario. . . y una comadre ladina
—la que pasaba las horas riñendo con mi vecina—
reza más alto que todas, puestos los brazos en cruz. . .*

*Esta noche tengo miedo de estar solo. Me acongoja
el recuerdo de una breve historia del corazón. . .
jera que la pobre joven tenía la boca tan roja! . . .
Esta noche tengo miedo de estar solo. Me acongoja
el ritmo del corazón. . .*

*Todos en el barrio saben la historia de mi vecina;
es una historia fragante de risueña juventud. . .
por sus flancos, por sus ojos y por su boca divina. . .
todos en el barrio saben la historia de mi vecina
de esa pobre joven muerta que duerme en el ataúd. . .*

57. Vallejo, op. cit., pág. 443.

58. Vallējo, op. cit., pág. 250.

59. Vallejo op. cit., pág. 217.

*¡Era tan guapa y tan buena! Sus negros ojos extraños
me atrajeron, cada uno cual un boa constrictor. . .
el bálsamo de sus besos ungió mis veintidós años. . .
¡Era tan guapa y tan joven! Entre sus bucles castaños
soñé ¡dos noches no más! de amor.*

*Iba cayendo la tarde cuando murió mi vecina. . .
en la sala de su casa borbotó un foco de luz. . .
están rezando el rosario. . . y una comadre ladina,
reza, más alto que todas, y con los brazos en cruz.*

*Tengo frío, será el frío de la noche. Tengo miedo,
será el miedo de la noche solitaria. Hay un rumor
de oraciones en el aura que viene quedo. . . muy quedo
¡Que abran la puerta! — ¿Hace luna? . . . Tengo frío, tengo
miedo, me parece que de pronto va a resucitar su voz⁶⁰.*

En 1909, desde Monterrey, México, en su *Canto a Barranquilla*, dejó testimonio de sensual admiración por las mujeres de esa ciudad costeña:

*(. . .) Tus mujeres de intensa mirada,
de alegre discurso, de franco reír matutino;
la línea ondulante del torso y los brazos de ámbar labrada,
y en toda su carne trémula y nerviosa
un olor de campo y un dejo de vino (. . .)⁶¹*

En octubre de 1907, impulsado por su destino viajero, se embarca rumbo a Costa Rica. Su seudónimo Ricardo Arenales había adquirido ya cierto prestigio en los círculos literarios. Dos meses después, con escala en Jamaica, se le halla en Cuba. Pronto partiría de La Habana hacia Veracruz, en México, país al que consideró su patria adoptiva y en el que pasó la mayor parte del tiempo que le quedaba de vida. Entre 1908 y 1911 permanece, casi sin interrupción, en la ciudad de Monterrey, estancia que el poeta recuerda con nostalgia:

*(. . .) Aquella ciudad me fue materna, y a su estímulo cordial
empecé a trabajar. ¡Qué ternera, qué vaga esperanza,*

60. *Antorchas contra el viento*, op. cit., págs. 92, 93.

61. *Antochas contra el viento*, op. cit., pág. 124.

qué divina ceguedad había en mi corazón! Me extasié en
el goce de aquellas montañas únicas, todo el imperio
de la fantasía de la tierra, todo el caudal de matices
de la luz refractada y envolvente, todo el símbolo,
toda la fuerza. . . (. . .)⁶²

Allí estuvo preso cinco meses, al parecer por haber difamado a un
ciudadano norteamericano⁶³. Allí también celebró sus nupcias
con “la dama de los cabellos ardientes”:

(. . .) Yo celebré mis nupcias con la Dama de los Cabellos
Ardientes. Fue una noche de tormenta horrrisona cuando
la ciudad se había inundado hacia los barrios obreros,
y seis mil cadáveres humanos pregonaban la inocencia
de la catástrofe. Y la oscuridad se entenebreció (. . .)⁶⁴

Esa noche tormentosa fue la del 29 de agosto de 1909 cuando el
río Catarina, salido de su cauce, arrasó con parte de la ciudad. Pe-
ro, ¿quién fue la Dama de los Cabellos Ardientes, la que eternizó
en el poema que lleva ese nombre y que escribió en México en
1919? No fue, en verdad, mujer alguna; fue, quizás, la personifi-
cación femenina de uno de los vicios que lo esclavizaron: la mari-
huana, que le “cidió las cadenas de su abrazo”⁶⁵. En carta a Rafael
Arévalo Martínez —su amigo de Guatemala— identifica la Dama de
los Cabellos Ardientes con la voluptuosidad y la lujuria⁶⁶. No
obstante, en 1919, en *El Heraldo*, de México, en una serie de ar-
tículos sobre drogas heroicas, la desemboza, pues al hablar de la
marihuana dice que ésta es la dama de los cabellos ardientes, que
se bebe la vida de sus amantes⁶⁷. De todas maneras, se trata de un
poema extraño en el que la Dama de los Cabellos Ardientes es un

62. *La divina tragedia*, op. cit., pág. VIII.

63. Vallejo, op. cit., pág. 76.

64. *La divina tragedia*, op. cit., pág. VIII.

65. Transcribo la estrofa de la versión del poema *La dama de los cabellos ardientes* in-
cluida en *Antorchas contra el viento* (1983). En *Poemas intemporales* esa estrofa
tiene un sentido delicado, no aherrojante, pues la palabra “cadenas” está sustitui-
da por la palabra “guirnaldas”. Se advierte, pues, que en una revisión posterior
Barba Jacob quiso darle a la estrofa un sentido esclavizante.

66. Vallejo, op. cit., pág. 68.

67. Vallejo, op. cit., pág. 68.

fantasma, o una deidad fantasmagórica, que se apodera del poeta desde su más tierna edad. Se me antoja que Ricardo Arenales la identifica asimismo con el Destino, con la Moira, con algo inevitable o ineluctable que lo acompañara desde la cuna hasta el sepulcro.

De Monterrey salta a Brownsville, Estados Unidos de Norteamérica, para, al poco tiempo, retornar a la capital de México en 1912. Se acepta que en Brownsville fue donde escribió *El poema de las dádivas*, dedicado al poeta veracruzano José de J. Nuñez y Domínguez, y publicado, según Eduardo Santa, inicialmente con el título "Mujeres de Guatemala"⁶⁸. Este poema es un documento de inmenso valor para el tema en que me ocupo, pues es como un balance o inventario, hecho a los veintinueve años, de su trato con mujeres que amó o que poseyó. Es un desfile evocador de ellas —de amantes sin nombre— y de acontecimientos sentimentales sin fecha y sin lugar.

Como se anota atrás, el paso de Ricardo Arenales por Monterrey se constituye en un capítulo trascendental de su vida de escritor pues allí trabajó febrilmente en el campo periodístico y alcanzó un puesto importante en el ámbito intelectual de México. Respecto a sus andanzas sexosentimentales, continuó frecuentando los prostíbulos y casi que viviendo en ellos. "Poemas inseguros —recuerda él—, mujeres amantes de una noche, de un día, labor oscura, consuelo de los libros"⁶⁹. Frente al periódico donde trabajaba tenía una mujerzuela con quien —así lo pregonaba— se acostaba cada dos o tres horas para despejarse la cabeza⁷⁰. Pero, precisamente, fue en Monterrey donde estuvo próximo a redimirse por una mujer, como en vano se lo pronosticaría más tarde el escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez. En efecto, en 1909 creyó haberse prendado de una encantadora jovencita con quien estuvo a punto de casarse. Esta fue, al decir de Fernando Vallejo, "el amor immaculado de Monterrey"⁷¹. Si nos basamos en los documentos que lo denuncian, podemos pensar desprevenidamente que, en efecto, fue así. Al gran hombre de letras mexicano Alfonso Re-

68. *Antorchas contra el viento*, op. cit., pág. 138.

69. *La divina tragedia*, op. cit., pág. VIII.

70. Vallejo, op. cit., pág. 14.

71. *Barba-Jacob, el Mensajero*, pág. 70.

yes, que era su amigo, le confiaba: “. . . A pesar de todo, comprendo que me hago cada vez más fuerte. Voy a convertir mi inquietud en resorte de vida, o a dejarla de manera que apenumbre muy suavemente los rincones de mi castillo. En estos días he tenido un poderoso estímulo. Voy a alcanzar la castidad del alma y del cuerpo, aquella castidad que tanto deseo y necesito. Probablemente me case al fin de este año. Ella es mujer sencilla, de ingénita belleza, muy dada a las cosas del espíritu y siempre un poco sensual. Yo tengo la intuición de que me apoyaré en su virtud y en su sencillez (. . .)”⁷². Sin embargo, recordando este episodio de su vida nueve años después, escribiría: “Creí a los veintiséis años que me había enamorado de una mujer, pero pocos meses más tarde supe que yo amaba mi propio amor”⁷³. Esto, y el hecho de que el poeta considerara a la joven “siempre un poco sensual”, le restan mucho de inmaculado a ese sentimiento. Indudablemente, el único amor inmaculado que tuvo fue el de Teresita Jaramillo. Después. . . después vivió esclavo de la carne. En 1910 decía:

*“(. . .)Has trocado las liras de las cuerdas de oro
por la hembra sensual y frívola y extraña,
perpetuamente ajena,
pero que te brindará sus dejos de bacante
y el ominoso encanto de su carne morena
de exóticos afeites y de un olor picante (. . .)”*⁷⁴

Si aceptamos que en sus poemas había sinceridad, hacia 1912 Ricardo Arenales padeció una crisis sexual absoluta, una depresión de la carne. Me remito a su poema *Anima victa*, aparecido en *El Imperial*, de México, en diciembre de aquel año:

*Ya ni dolor, ni voluntad, ni ensueño,
ni gajo de laurel. . . ¡ya ni siquiera
mi corona de espina!
Del cuerpo en flor la vibración postrera
una indolente laxitud apaga.
Todo el sentido en los risueños surcos
ni el oro claro de la mies advierte;*

72. Vallejo, op. cit., pág. 73.

73. Vallejo, op. cit., pág. 70.

74. *Antorchas contra el viento*, pp. cit., pág. 131.

*y ni a la noche en soles encendida
responde el eco de la carne, sorda
como la piedra en el brocal dormida.*

*Hálito de pasión, viento nocturno,
trágica sangre en cóleras vestida,
hierro del desamor, puñal del odio,
¿en dónde estás? . . .*

*¡Oh laxitud cobarde!
¿Quién me dará la fiebre luminosa,
fuego de mi radiante poesía,
madrina de ideal, pan de mis versos?
Oh si quisiera, oh si pudiera un día
gustar aún las mieles deseadas,
bajo mi vieja y lúbrica alegría. . .
sordas tormentas en la noche oscura;
beso de la mujer maligna y firme;
un sueño criminal, una locura
en que la incierta voluntad se afirme. . .*

*Oh, si quisiera, oh si pudiera un día
gritar aún la noche clara;
¡sangre del crimen, riega tus destellos
en mis aguas letales y serenas!
¡viento nocturno, agita mis cabellos!
¡hálito de pasión, hincha mis venas!*

*Ya ni la dulce dádiva que ofrece
al corazón la magia del recuerdo
medra bajo las ruinas atediadas,
y hasta el tenue perfume de sus rosas
en mi opulenta juventud lo pierdo.
En un vago anhelar el alma opresa,
ni aviva el fuego de pasión que muere
ni por los rotos ideales llora. . .
¡Débil mi voluntad, todo lo quiere;
sabio corazón, todo lo ignora!⁷⁵*

75. *Poemas*, op. cit., págs. 93, 94.

Su cuerpo en flor lo declara indolentemente laxo y la carne sorda a los llamados de la noche, esa misma carne que en *Acuarimántima* considera su amiga y su enemiga. Como un bien perdido añora su vieja y lúbrica alegría, e implora que un hálito de pasión hinche sus venas. En verdad este poema, *Anima victa*, es la antítesis de *Delicta carnis*, escrito por Amado Nervo y que se inicia así:

*Carne, carne maldita que me apartas del cielo,
carne tibia y rosada que me impeles al vicio (. . .)*⁷⁶

Como veremos enseguida, esta posible laxitud pronto quedó superada y sus venas volvieron a hincharse al impulso de su lascivia. Siguiendo su peregrinar lo encontramos ahora, en 1914, en Guatemala. Ricardo Arenales había acrecentado su imagen lírica, pero su vida seguía siendo la de un extraviado, la de un crápula. Allí, según él, no pudo componer ni una canción ya que "el aire reverberaba de tiranía". Se dio entonces a escribir un libro y se lo ofrendó al dictador de turno, Manuel Estrada Cabrera. Comentando este episodio dice: "Ofrecí al tirano un libro sobre Guatemala, lo escribí casi todo e imprimí un volumen, pero al tigre no le gustó porque se trataba del país y no de su imperial persona. Y eso que yo, entre embriaguez y embriaguez y excesos de amor nocturno con mujerzuelas y otras mujeres, había puesto mucho ruido de marimba en la prosa, y muchas citas: ¡una de ellas en francés! Había puesto también un sincero elogio a la mujer guatemalteca, que después apliqué a la mujer colombiana para venderlo por cinco dólares"⁷⁷. Se advierte que Arenales hace gala de hipersexualidad heteróloga, de admiración por la mujer y, de paso, de ser un escritor mercenario. En el fondo esta referencia deja entrever la posición veleidosa, insincera, y hasta de menosprecio, que el poeta iba adoptando frente a la mujer. No tiene nada de raro, pues, que *El poema de las dádivas* llegara a bautizarlo "Mujeres de Guatemala".

En *La divina tragedia* registra el nombre de una mujer a su paso por Guatemala: "Recuerdo a Fidelia. Recuerdo una mañana de niebla azul. . ." ⁷⁸. Quién sabe quién fue Fidelia y a qué se debe su

76. *Antología del amor apasionado*, "El arco y la lira", Editorial Bedout, Medellín, pág. 32.

77. *La divina tragedia*, op. cit., pág. IX.

78. *Ibid.*, pág. IX.

confesa presencia. Lo cierto es que en aquella época el poeta procura mostrarse como un insaciable sexual. En el comentario que hiciera al cuento de Rafael Arévalo Martínez, *El hombre que parecía un caballo*, refiere que entonces era capaz de pasar una nueva vigilia nocturna "en una discreta residencia de anchos patios y oscuros pasadizos, donde cinco floridas niñas, todas semivírgenes, le esperaban ardiendo de amor"⁷⁹. ¡Oh Porfirio, razón tenías al declarar que todos los mujerigos acaban convirtiéndose en homosexuales!⁸⁰. Yo añadiría que muchos de esos donjuanes son homosexuales dormidos o disfrazados.

En 1915, durante su segunda permanencia en La Habana, aparece una mujer en la vida del poeta —todavía Ricardo Arenales— que lo inspira a cantar, con claro acento varonil, como nunca antes lo había hecho, que deja en él un gran resentimiento, físico y moral, y que viene a constituirse en su última pasión heterosexual. Esa mujer fue Cintia.

En aquel año y en aquella ciudad escribe el poema que le daría renombre y satisfacciones: *La canción de la vida profunda*, de sentido indudablemente viril.

(. . .) *Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer (. . .)*⁸¹

También en ese momento es cuando escribe el soneto *Triste amor*, o *Canción del pesimista*. Recordémoslo:

*No hay nada grande, nada, sino la muerte. . . En vano
querrá un ardiente Numen, tras líricos empeños,
aprisionar la turba de los silfos risueños
o descubrir las líneas de un rostro sobrehumano.*

79. Vallejo, op. cit., pág. 351.

80. Vallejo, op. cit., pág. 338.

81. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 61.

*Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños;
joyeles y palacios de exóticos diseños
son fábrica de niebla, ruido del océano. . .*

*Con todo, Cintia mía, en la noche nevada
junto a mi carne lívida tu carne sonrosada. . .
y un hijo rasgue otrora las brumas del camino.*

*¡Si es crimen dar renuevos a la materia oscura,
yo purgaré en mí mismo la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!*⁸²

Aquí aparece por primera vez el nombre de Cintia, ligado al deseo de engendrar con ella, de perpetuarse, de ir más allá de la muerte, asumiendo desafiante las consecuencias.

Según Eduardo Santa,⁸³ en 1919 publicó en México *El collar desatado*, o *Canción del optimista*. Sin embargo, Fernando Vallejo refiere que en el *Diario del Salvador*, en octubre de 1917, publicó la primera estrofa con algunas variantes.

*Mientras los astros brillan tras el cerúleo velo
y hay en la brisa castos efluvios de mujer,
dirige hacia los aires la flecha de tu anhelo:
¿que importa que no sepas a dónde va a caer?*

*Si nuevas alegrías inundan tu morada,
si flota en áureas ondas de luz tu corazón,
si ya en tus trojes íntimas tu mies está dorada,
envía a los luceros tu férvida canción.*

*O si conduces trigo, moreno y dulce trigo,
por soles y por lluvias granado en tu heredad,
y cruzas por la tierra de un sórdido enemigo,
arrójalo en el surco: ¿qué vale lo demás?*

82. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 40.

83. *Antorchas contra el viento*, op. cit., pág. 172.

*La vida es esto: un acto supremo, simple, puro,
una emoción, un ímpetu y un ansia de ideal;
fantasmas que su sombra dibujan sobre el muro;
ensueños que florecen, valor, amor leal.*

*Besar las manos fúnebres de temblorosa anciana;
flotar entre las nieblas del ser y del no ser,
y —húmedo por la leche de la ternura humana—
el verso de las praderas del sueño recoger.*

*Cuando me rindo al peso del femenino reclamo
y en mis ardientes noches el beso viene y va,
yo, presintiendo un poco mis propias formas, amo,
sin conocerlo, al hijo que Cintia me dará.*

*Y sé que mi emoción, mi valor, mi energía
en los actos dispersa, mi collar desatado,
son al viento, en las pompas inútiles del día,
brillos de los luceros, aromas de las rosas. . .
¡Un hijo del amor en mi amor he engendrado!
Roto el hilo invisible, que sus manos piadosas
den a la tierra fértil mi cuerpo inanimado⁸⁴.*

En estos versos el poeta proclama que ha engendrado un hijo del amor y que, sin conocerlo, presiente ya las formas del renuevo que Cintia le dará. Es decir, va camino a hacerse realidad su deseo.

Publicado en Guatemala en 1922 —según Santa—⁸⁵ y en 1923 —según Vallejo—⁸⁶, se da a conocer *Cintia Deleitosa*:

*Como una flor arcana, llameando
bajo el turquí del cielo apareció.
Fue su amor mi almohada matutina;
su seno azul, de gota coralina
en el pezón, de noche mi almohada.*

*Y era esencia tan dulce y regalada
la de su carne en flor, la de su boca*

84. *Poemas*, págs. 129, 130.

85. *Antorchas contra el viento*, pág. 208.

86. *Poemas*, págs. 186, 187.

*por enjambre de besos habitada,
la de su axila — ¡leche con canela!—
que un ansia de gozarla me extenuó*

*Cintia concentra la onda de la vida.
El campo es de ella y grana para ella.
Mi sangre está en su carne consumida;
su alma radia con mi luz ardida,
y ella está en mí porque yo estoy en ella.*

*—Dame tu axila — ¡leche con canela!—
Dame tu beso, dámelo, y la lengua
fina y caliente y roja ternezueta. . .*

*— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Fatiga dulce. . . Letal desvarío. . .*

*— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
No más, amorcito mío,
que me muero. . . ⁸⁷*

¿Es ficción, fantasía, delirio de Ricardo Arenales lo que canta en estos tres poemas? No lo creo, no obstante que a partir de entonces jamás volviera a pronunciar el nombre de Cintia; ninguno de los que estuvieron a su lado recuerda habérsela oído nombrar. Es curioso, además, que ninguno de sus biógrafos se haya detenido a medir el alcance y significado de estos tres poemas, tan afines en su contenido y dedicados, con nombre propio, a una misma mujer. Es probable que los tres hayan sido escritos en fechas cercanas, en una secuencia lógica, y no con diferencia de dos y cinco años respectivamente, como los dio a conocer. Los tres se concatenan de tal manera que es imposible que correspondan a mujeres y a circunstancias distintas. Aquí vuelve a hacerse patente la desorientación, en el tiempo y el espacio, en que a veces discurría nuestro personaje.

En mi concepto, no hay duda de que Cintia, que fue un nombre ficticio, existió; de que el poeta la amó virilmente y de que en ella sembró su simiente, o “la materia oscura”, como la designa él.

87. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 57.

Abundan razones para aceptar que fue así. Adquiere entonces validez aquello de que "su poesía era su vida misma", según lo expresa, en relación a toda su obra, el escritor Andrés Holguín.

Echando mano de mis conocimientos y experiencias en asuntos ginecológicos, puedo aseverar que la mujer a la cual se refiere el poeta en *Cintia deleitosa*, estaba embarazada. "Su seno azul de gota coralina en el pezón" es la descripción poética de una glándula mamaria en etapa de gravidez avanzada cuando en la mujer de piel blanca, se traslucen azulosas las venas (red venosa de Haller) y el pezón deja escapar, al estímulo o a la presión, una secreción serosa que denuncia su preparación para la cercana época de la lactancia. Refrenda mi hipótesis la descripción opuesta del seno que canta en *Carbunclos*:⁸⁸

(. . .) Dormir después en tu redondo seno,
tu seno blanco de ápice azulino. . .⁸⁹

Este poema, *Carbunclos*, por lo sensual, bien pudo habérselo inspirado Cintia cuando aún no estaba embarazada.

Si queda alguna duda, otro poeta nuestro, Carlos Castro Saavedra, también cantó bellamente la misma condición:

(. . .) Luego supo que el hijo nacería
porque miró su seno convertido
en un tallo de miel donde el latido
del corazón en leche florecía (. . .)⁹⁰

Por otra parte, cuando el poeta dice que "Cintia concentra la onda de la vida", o "mi sangre está en su carne consumida; su alma radia con mi luz ardida, y ella está en mí como yo estoy en ella", apoya mi tesis de que Cintia estaba embarazada. Esas hermosas metáforas son testimonio fehaciente de que Miguel Angel Osorio renovó su sangre con una mujer de todo su afecto y de toda su pasión, tal como lo señala cuando en su mocedad anhelaba tener con Virginia

88. *La poesía inconclusa y otros ensayos*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1980, pág. 167.

89. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 140.

90. *El buque de los enamorados*. "El arco y la lira", Editorial Bedout, Medellín, pág. 32.

—aquella de la novela de Angostura— himeneo, oración para formar con savia una carnal criatura pura como ella, o impura como él.

Pero, ¿qué fue de ese hijo que estaba en camino y que él aguardaba ansioso? Este es uno de los tantos interrogantes sin respuesta en la vida del poeta. Nunca confió a nadie que hubiera tenido un hijo, ni nadie lo menciona. Este manto de silencio por parte suya oculta quizás algo vergonzoso y doloroso, tanto como para haberlo borrado de su vida, pese a que en su momento fue causa de sentida inspiración. No se conoce la fecha exacta cuando escribió el poema *Paternidad*, pero en él dejó constancia del elevado sentimiento que le inspiraba el acto de la reproducción humana:

(. . .) *Quien tiene un niño, ha ejercitado
divinamente el don de crear.
¡Quien tiene un niño sublima el mundo
y lo nutre de eternidad!*⁹¹

De la misma manera, en ese *Deo gratias* que es su poema *Oración*, escrito no sabemos cuándo, en dos versos exalta la virtud generadora de la mujer:

(. . .) *Gracias por la mujer en cuyo vientre
incúbase el misterio de la vida, (. . .)*⁹²

Si nos detenemos en el poema *Sueños de Acapulco*, forzosamente debemos relacionarlo con el asunto que estamos tocando. Su fecha de producción no es precisa, pero es probable que hubiere sido escrito en el decenio de los treinta. Se trata de un deseo recóndito, de un anhelo que nunca tuvo realidad: la mujer soñada, el azahar, el dulce juego sobre las playas (¿por qué en las de la muerte?), el advenimiento de un niño, el amor sensual convertido en sublime amor. . . En verdad, se trata de un sentimiento paternal expresado en oscuros símbolos, como lo anota Germán Posada Mejía⁹³.

*Eres falaz ¡oh Numen! La lívida experiencia
truncó tu vuelo: se ciñó a tus rumbos
y hoy yaces en ruínas por el suelo.*

91. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 96.

92. *Poemas*, op. cit., pág. 200.

93. *Porfirio Barba-Jacob, el poeta de la muerte*, Publicación del Instituto Caro y Cuervo, 1970, pág. 122.

*En tanto, en la magnolia luminosa
su albura inviste una mujer soñada,
y su ardor lo concentra el azahar. . .*

*Sobre las playas de la Muerte, un día,
ella y yo nos pusimos a jugar.*

*De las guirnaldas de aquel dulce juego,
un niño adviene: un nardo tremulante.
Son sus ojos dos gotas de inocencia:
las gotas diamantinas del amor
sensual trocado en un sublime amor,
y copiar las praderas azulinas,
el maternal semblante, los fantasmas
de los débiles seres que lo amamos. . .*

*Ríe con risa tierna el tierno infante. . .
Bajan a él, por hilos de ternura,
las gracias, y los mimos, y los cánticos.*

*¡Cómo, junto a los ojos pequeñuelos
y el pequeñuelo corazón latente
—un ritmo, un ritmo—, en noches ominosas
sentí fluir la ráfaga infinita
de hombres y cosas!
Unos pasaron, otros sucedieron
y pasaron. . .*

*Vi en torno espectros dulces.
Oí contar de ensueños que contaban
abuelos ya difuntos; en los sueños,
altas torres, ciudades abolidas. . .
oí el rumor de un viento en noche antigua,
y en un libro de estampas —hace tiempo—
vi en el agua las sombras de las Náyades. . .*

*Sobre las playas de la muerte, un día,
la madre viene el niño a amamantar⁹⁴.*

Ese renuevo de la materia oscura constituía para el poeta como el toque final para convertirse en un hombre de verdad. Así lo declara en 1909 en carta enviada a Alfonso Reyes:

“(. . .) Ser bello y limpiar después el alma y enriquecer la inteligencia y dar a la voluntad toda la necesaria robustez, y tener hijos bellos y diligentes, para que algún Napoleón me dijese algún día: “Es usted todo un hombre, mi querido Arenales” (. . .)”⁹⁵.

En 1915, y en La Habana, refrendaba en *Lamentación de Octubre* el mismo concepto:

(. . .) *Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad pudiera ser. . .*

*¡Pero la vida está acabando,
y ya no es hora de aprender!*⁹⁶

Este deseo frustrado de haber tenido un hijo propio (“Mi esfuerzo vano —estéril mi pasión”) es probable que lo hubiera llevado a conseguir un hijo adoptivo, que le trajo satisfacciones pero también muchos sinsabores. Me refiero a Rafael Delgado Ocampo, a quien conociera en León, Nicaragua, en 1924, y lo acompañara hasta la muerte. Para él fueron estas sentidas palabras que alguien encontró en una libreta de apuntes del poeta:

*El hijo de mi amor, mi único hijo,
lo engendré sin mujer y es hijo mío;
me escribe a la distancia: estoy tan triste;
me faltas tú. Te miro en el esfuerzo
por mí, por tí, por el retorno
del polluelo a su sombra familiar;
no tengo un pan ni un techo que me cubra;
hoy habito en los muros de la mar. . .*⁹⁷

95. Vallejo, op. cit., pág. 72.

96. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 56.

97. *Poemas*, op. cit., pág. 239.

Igualmente, me mueve a creer que la falta de un hijo contribuyó a que el poeta no se encontrara a sí mismo y a que cambiara repetidas veces de identidad. Llamándose ya Porfirio Barba Jacob sostuvo: "Podría decir que soy su hijo (refiriéndose a Ricardo Arenales) y como su reencarnación en la materia y su renovación en el espíritu"⁹⁸. Según este criterio Miguel Angel Osorio tuvo alrededor de diecisiete hijos irreales (seudónimos) a los cuales bautizó. Algunos vivieron escasos días, inmolados con las propias manos del progenitor.

Volviendo al retoño con Cintia, imagino que nunca vio la luz; probablemente nació muerto, o Cintia murió, o huyó del lado del poeta antes de ser madre. No es insólito pensar que esa gestación tuvo un final luctuoso, de pronto en las playas de la muerte, las mismas que evoca en *Sueños de Acapulco*. Con lo mucho que para él significaba tener un vástago, es seguro que de haber conocido al que concibió con Cintia no se hubiera resistido al impulso de cantarlo, o, por lo menos, de haberle confiado a alguien que lo había tenido.

Tratemos de establecer ahora quién fue Cintia. Urdiendo hipótesis me atrevo a suponer que fuera Olga, una querida que tuvo en La Habana en 1915, precisamente el año cuando escribió *Triste amor*. Este pasaje de su vida lo recordó alguna vez con amargura cuando, estando en Bogotá en 1927, se le reactivó una antigua sífilis. Al médico le dijo entonces que la había adquirido en 1915 por conducto de Olga, una prostituta que era su amante⁹⁹. Tal episodio se lo enrostró públicamente, ruinmente, un periodista en México, en 1939. Un diario, desafecto al poeta, registró sus quebrantos de salud así: "Se encuentran reclusos en sus habitaciones los conocidos escritores de los grandes periódicos nacionales José Elguero y Porfirio Barba Jacob (cuyo verdadero nombre es Miguel Angel Osorio). Ambos sufren los estragos de los deslices de la juventud. ¡Ya ves Pepe cómo las "hojas" llegan al hígado el día menos pensado! ¡Ya ves Miguel Angel lo que te trajo tu Cintia!"¹⁰⁰. ¿Acaso sucedió que el poeta le confesara al malévolo periodista que Cintia era Olga, la que lo había contagiado de sífilis? Quizás ese plumífero hacía relación a los excesos sexuales que pregona el poeta en *Cintia deleitosa*.

98. Vallejo, op. cit., pág.

99. Vallejo, op. cit., pág. 26.

100. Vallejo, op. cit., pág. 398.

Si mi hipótesis fuera valedera podría pensarse también que la sífilis fue la causante de que el deseo paternal del poeta hubiera naufragado. Tal vez ese hijo no llegó a la vida por causa de la enfermedad venérea de sus progenitores, en especial de su madre. Recordemos que antes del advenimiento de la penicilina, que ocurrió en el decenio de los cuarenta, la sífilis, la con razón temida sífilis, era una de las causas más frecuentes de nacimientos prematuros y de muerte antenatal.

El conocimiento de los cambios de forma y de fondo que el poeta introdujo a dos de los primigenios poemas relacionados con Cintia, permite pensar que le guardaba resentimiento a ésta y que íntimamente deseaba borrar o, por lo menos, asordinar sus recuerdos.

El collar desatado, o *Canción del optimista*, que atrás he transcrito en su versión inicial, fue deformado y mutilado posteriormente por el mismo autor. En las primeras cinco estrofas, en la versión que autorizara para *El Herald*, de México, en 1919, introdujo cambios de forma que en nada alteraron el sentido. No así la sexta estrofa, que decía originalmente:

*Cuando me rindo al peso del femenil reclamo
y en mis ardientes noches el beso viene y va,
yo, presiento un poco mis propias formas, amo,
sin conocerlo, al hijo que Cintia me dará*¹⁰¹.

La cual fue transformada así:

*Cuando me rindo al peso del femenil reclamo
y entre las sombras cálidas el mimo viene y va,
yo, presintiendo un poco mis propias formas, amo,
sin conocerlo, al hijo que Cintia parirá*¹⁰².

Es decir, Cintia iría a dar a luz pero sin darle a él ese hijo. Pero lo más significativo fue que el poeta no incluyó la última estrofa, la sacrificó toda, quizás por el verso que decía: "Un hijo del amor en amor he engendrado".

El soneto *Triste amor*, o *Canción del pesimista*, fue objeto, así mismo, de notoria deformación, en particular en los dos tercetos. Veamos la versión original de éstos:

101. *Poemas intemporales*, op. cit., págs. 38, 39.

102. *Poemas*, op. cit., pág. 130.

*Con todo, Cintia mía, en la noche nevada
junta a mi carne lívida tu carne sonrosada. . .
y un hijo rasgue otrora las brumas del camino.*

*¡Si es crimen dar renuevos a la materia oscura,
yo purgaré en mi mismo la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!*¹⁰³

En *El Porvenir*, de Monterrey, publica en 1919 la siguiente versión:

*Con todo, amiga mía, en la noche nevada
junta a mi carne pálida tu carne sonrosada. . .
y un ser desgarré otrora las brumas del camino.*

*¡Si es crimen dar renuevos a la materia impura,
yo purgaré en mi alma la erótica locura
de dos lobeznos tristes que amamantó el Destino!*¹⁰⁴

Como se comprueba, Cintia y su hijo desaparecen del poema y son sustituidos por una "amiga" y por un "ser" imprecisos. La manifestación, resuelta y varonil en la versión original, su asumir en carne propia todas las consecuencias derivadas de haber dado "renuevos a la materia oscura", queda transformada luego en un sentimiento de pesar, arrinconado en el alma.

No obstante que *El poema de las dádivas* fuera publicado 1912, como lo aseveran Vallejo¹⁰⁵ y Santa¹⁰⁶, su contenido bien pudiera hacer referencia a su amor con Cintia.

*(. . .) La otra, que ardía en mil llamas ocultas,
era fértil, reidora, violenta,
y a trueque de un beso, de un mimo, de un canto,
con secreto orgullo gustaba su afrenta.*

103. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 40.

104. *Poemas*, op. cit., págs. 107. 108.

105. *Poemas*, op. cit., pág. 91.

106. *Antorchas contra el viento*, op. cit., pág. 138.

*Era mía, era mía, era mía
en el huerto, en la luz, en la sombra. . .
(¡Embriaguez matinal, quién te llama
por mi voz! ¡Juventud, quién te nombra!)*

*Y esta fue, fatalmente, su dádiva:
el temblor femenino de la carne
que en mi propio temblor se extenua;
la gota de acíbar que un genio maléfico
en el vaso colmado insinúa;
y en las horas de examen doliente,
la obsesión de la rabia postrera
que al mandato del tedio inclemente
arrojó un corazón a la hoguera (. . .)¹⁰⁷*

En el mismo poema vuelve a hacer mención de ella:

*. . .) la postrera, de impulsos diabólicos,
me dejó coronado de espinas:
mi corazón entregué a sus antojos
y le estrujaron sus manos dañinas (. . .)¹⁰⁸*

¿Cuál de las mujeres que cantó o que nombró el poeta fue fértil, si no Cintia? ¿Con cuál otra refiere tanta sensualidad? En *El poema de las dádivas* dice: “era mía, era mía, era mía en el huerto, en la luz, en la sombra. . .”¹⁰⁹ En *Cintia deleitosa* confiesa: “Y era esencia tan dulce y regalada/, la de su carne en flor, la de su boca/, por enjambre de besos habatida/, la de su axila, — ¡leche con canela!—/, que un ansia de gozarla me extenuó”¹¹⁰. ¿La gota de acíbar y la corona de espinas de las cuales habla en el poema, no pudieron ser, acaso, la sífilis que lo estigmatizó? ¿Y el corazón que arrojó a la hoguera no es, quizás, el suyo o el del hijo por nacer, o el de los dos a la vez?

Si mi hipótesis no es válida habría que aceptar que Cintia no fue Olga, sino alguna otra mujer que cruzó, o, mejor, que se detuvo en la vida del poeta, antes de 1912.

107. *Poemas*, op. cit., pág. 90.

108. *Poemas*, op. cit., pág. 90.

109. *Poemas*, op. cit., pág. 90.

110. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 57.

Se conoce un poema titulado *Carbunclos*, escrito no se sabe cuándo ni dónde. Lo evidente, en mi concepto, es que el tema y la pasión viril que palpitan en él lo identifican con Cintia, cuando aún no estaba embarazada:

*No enflorará tu nombre en verso vano
ni entre lo cotidiano irás perdida.
Un varonil silencio. Un goce arcano.
Y por mi pensamiento soberano
hacer más honda y sensual tu vida.*

*Ah, cómo en el amor estás ardida:
se va entreabriendo el alhelí de un beso
en tu boca, de múrice teñida,
y desnuda y nevada
tu carne a mi deleite fue ofrendada.*

*¿Qué jardín se te inunda si me lloras?
¿Mi amor no es la clepsidra de tus horas?
¿En tus labios no miela el colibrí:
la vida junto a mí no es más ensueño,
más tragedia la vida junto a tí?*

Cuán lindo el pie tan ágil y pequeño. . .

*Ya en la propicia obscuridad, desnuda
tu carne tiembla y lánguida me oprime:
doliente y zahareño
grita mi corazón: "¡Si está desnuda!"
¿Cuán limpio el pie, tan ágil y sedoso,
cuán tibio el muslo! . . . Ah, dueña de tu dueño:
el amor fue mi parte dispensada
en el festín de sombras de la nada. . .*

*Hoy quiero solozarme en tu ternura
como en las auras que embalsama el heno
la noche del sahumero montesino.
¿Un beso a tu varón, mi hembra impura!
Dormir después en tu redondo seno,
tu seno blanco de ápice azulino. . . ¹¹¹*

111. *Poemas intemporales*, op. cit., págs. 139, 140.

El título de este poema se presta para especular: "Carbunclo", o "carbúnculo", es sinónimo de rubí, por simular a veces su color y sus destellos un carbón encendido que ardiera en la oscuridad. Pero carbunclo también es "carbunco", una enfermedad virulenta del ganado, transmisible al hombre¹¹². Empero, por el sentido y la intención del poema no hay duda de que fue titulado con el significado de la primera acepción.

Hay un hecho que me ha llamado poderosamente la atención. En la admirable página autobiográfica, escrita en 1920, *La divina tragedia*, el poeta relata con entusiasmo y largueza su primera permanencia en La Habana, la de 1907, cuando le parecía que cada ola era un torso de mujer en floridez y cada efluvio una "insinuación al deleite de engendrar en la gloria del día"¹¹³. Para entonces, según lo confiesa, ese mar lo volvió místico, le dejó una especie de ternura religiosa, de sentimientos puros. Sentía que Dios estaba en su interior¹¹⁴. En cambio, de su segunda estancia, la de 1915, cuando escribió sus mejores versos, entre estos *La canción de la vida profunda*, no hace ninguna mención, la ignora deliberadamente. ¿Por qué tan notoria preterición? Seguramente no quería recordar episodios como aquel cuando se dejó llevar, ahora sí, por el deleite de engendrar en la gloria del día y que al final resultó en algo amargo y doloroso.

De aquí en adelante el poeta, sin poderse resistir a su fatal destino trashumante, continúa el peregrinaje por islas y países de su América. Nunca más volvería a amar a una mujer. Al contrario, su desprecio por ella se acentuaría, rebajándola en los prostíbulos con sus "furias monstruosas", y dándole rienda suelta a sus instintos homosexuales. Desde La Ceiba, pueblito de la costa norte de Honduras, escribía en 1916: "Este rincón de la tierra me ha encantado. Aquí es fácil vivir, fácil hacer fortuna, fácil conseguir el aislamiento. Aquí no hay exceso de población, ni círculos literarios, *ni mujeres, ni nada molesto* (el subrayado es mío)"¹¹⁵. Indudablemente, se había convertido ya en un misógino. Al decir de Fernando Vallejo, para entonces Ricardo Arenales estaba plenamente corrompi-

112. Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, Madrid, 1984.

113. Op. cit., pág. VIII.

114. Ibid., pág. VII.

115. Vallejo, op. cit., pág. 128.

do, prisionero de sus vicios. No obstante, el poeta refiere en *La divina tragedia* que en La Ceiba padeció, amó, prosperó, deliró. . . ¹¹⁶ En 1917, en San Salvador, aprestigiado como intelectual y disfrutando de un buen vivir, frecuentaba los prostíbulos y puede decirse que vivía en ellos pues ahí escribía los artículos que cada día enviaba al *Diario del Salvador* ¹¹⁷. Entre 1918 y 1922 permanece en territorio mexicano, con cortos viajes a San Antonio, Texas. La mujer, por supuesto, cuenta muy poco en su vida en estos años. En 1919 da a conocer su poema *En la muerte del poeta*, con el subtítulo *El solar de los lulos de oro* ¹¹⁸, en el cual trae al recuerdo de nuevo a su abuela y a Teresita. En 1920, en *El son del viento*, pregona su ambigua sexualidad:

(. . .) *Y, moviendo a las normas guerra,*
fui Eva. . . y fui Adán (. . .)

Igual cosa ocurre en la *Balada de la loca alegría*, escrita en 1921, pero con énfasis abierto e insistente hacia su homosexualidad:

(. . .) *Aldeanas del Cauca con olor de azucena;*
montañesas de Antioquia, con dulzor de colmena;
infantinas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena
familiar, que resguarda los más ricos panales,
y mozuelos de Cuba, lánguidos, sensuales,
ardorosos, baldíos,
cual fantasmas que cruzan por unos sueños míos;
mozuelos de la grata Cuscatlán — ¡oh ambrosía!—
y mozuelos de Honduras,
donde hay alondras ciegas por las selvas oscuras (. . .) ¹¹⁹

En ese mismo año, 1921, escribe *Elegía de Sayula*, poema en el que vuelve a aparecer una mujer con nombre propio: Romelia.

116. Op. cit., pág. X.

117. Vallejo, op. cit., pág. 146.

118. Creo que no es correcto el título que divulgan Eduardo Santa y Fernando Vallejo ("En la muerte del poeta Porfirio Barba-Jacob") al mencionar la versión de 1919 de dicho poema, pues para entonces Ricardo Arenales no había muerto y Barba Jacob nacería en 1922.

119. Poemas intemporales, op. cit., pág. 70.

(. . .) *Arando, arando iban, cantando unas canciones,
y yo pensé en Romelia y en su imposible amor.
Aquí la luz es tan radial, tan tónica, tan clara,
como eres tú, Romelia: como Guadalajara. . . (. . .)*¹²⁰

Y más adelante:

(. . .) *Romelia dulce, cantan de nuevo las trémulas tonadas,
y en mi frente —un incendio de florestas—
fluye tu cabellera perfumada. . . (. . .)*¹²¹

¿Quién fue Romelia? Dice Delfín Acevedo que fue una chica mexicana, de Jalisco, y que probablemente fue la inspiradora de la *Balada de la loca alegría*¹²². Yo no creo. Este poema, la *Balada*, no pudo ser inspirado por mujer alguna, no obstante que en el *Envío* que de él hace al poeta barranquillero Leopoldo de la Rosa señale que en su verso hay un sentido arcano del amor. Es evidente que el poema es una oda a la alegría, pero a la alegría báquica. Es una bacanal con presagio de muerte, en la que prima el sentimiento homosexual. Me inclino a pensar que Romelia pudo haber sido Matilde López. En 1911 el poeta conoció en Guadalajara a un muchacho de dieciséis años, Jesús-López, con quien marchó a Ciudad de México¹²³. En 1935, al anunciarle su hijo adoptivo Rafael que aquel había fallecido, el poeta recordó que una de las hermanas del muchacho, Matilde, había sido su novia¹²⁴.

El ocaso (decadencia lírica)

En septiembre de 1922, expulsado de México por razones políticas, ocurre algo trascendental: en Guatemala, Miguel Ángel Osorio mata a Ricardo Arenales y da vida a Porfirio Barba Jacob, el cual, a su vez, para siempre echa al olvido a su padre. Aparece, pues, en este momento el nombre que iría a perdurar, a ser exaltado y a purgar todas las faltas de sus predecesores. Miguel Ángel Osorio

120. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 106.

121. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 107.

122. *Semblanza de Porfirio Barba Jacob*, pág. 11.

123. Vallejo, op. cit., pág. 192.

124. Vallejo, op. cit., pág. 362.

decidió prescindir de Ricardo Arenales por conveniencia, para evitar que otros le quitaran la vida¹²⁵. El poeta nunca pudo explicar con claridad por qué adoptó el nombre de Porfirio Barba Jacob. Alguna vez declaró que el primer apellido, Barba, lo escogió porque sugería cierta idea de virilidad, de fuerza, de brío¹²⁶. Si fue así, esta sugerencia no iba dirigida a las mujeres. Tampoco se manifestó poéticamente.

Dedicado a la señorita Nena Morales Górriz, apareció en *El Imperial* de Guatemala, en julio de 1923, el poema *La infanta de las maravillas*. Según concepto de Fernando Vallejo, suposición no bien sustentada, dicha dama, de quien no se conocen más datos, pudo estar comprometida en matrimonio con el poeta¹²⁷. Difícil aceptar que hubiera sido así. A los cuarente años Barba Jacob ya no tenía nada que ver con las mujeres.

Por causa de los escándalos homosexuales, es prácticamente obligado a salir de Guatemala¹²⁸. Sigue su peregrinar por El Salvador, Nicaragua, Cuba. . . Estando en Tegucigalpa en 1925, algunos estudiantes de Derecho organizaron una conferencia a cargo del poeta, la cual fue anunciada con el título "El amor, las mujeres y la vida" para ser dictada en el Teatro Manuel Bonilla. Tal velada, infortunadamente, no pudo llevarse a cabo¹²⁹. Digo infortunadamente pues hubiera sido de suma utilidad para mi propósito haber encontrado constancia de su pensamiento en público acerca de la mujer. Quizá la circunstancia imprevista que obligó a suspender el acto le ahorró a Barba Jacob tener que ocultar sus verdaderos sentimientos hacia ella y tener que hacer su elogio.

En 1926 llega a Lima, Perú, y de allí, luego de veinte años de ausencia, regresa a Colombia por Buenaventura. Es cuando visita el terruño donde transcurrieron su niñez y su mocedad, cuando se reencuentra con Teresita en Yarumal, cuando anhela "volver al jardín de la infantilidad, habiendo perdido ya la sencillez del corazón".

125. Vallejo, op. cit., pág. 212.

126. Vallejo, op. cit., pág. 214.

127. *Poemas*, op. cit., págs. 191, 192.

128. Vallejo, op. cit., pág. 192.

129. Vallejo, op. cit., pág. 245.

En 1930, vía Balboa —La Habana, vuelve al país que más admiraba y donde mejor se sentía: México. Dedicado a pulir sus versos —su producción poética fue entonces exigua— y a cultivar sus vicios, como dijera en el soneto *Sabiduría*, deja pasar los años hasta la madrugada del 14 de enero de 1942 cuando se rinde ante la muerte. En esos últimos doce años aflora su misoginia, sin dar muestras de interés alguno por el sexo opuesto. En alguna ocasión, en un burdel al cual llegó, no por su voluntad, estuvo recitando sus versos, que cautivaron a una de las muchachas. Los amigos que lo habían llevado arreglaron las cosas para que ella quedara sola en su cuarto con el poeta. Al rato salió desencantada, asegurando que nada había ocurrido¹³⁰.

En La Habana, hacia 1921, conoció a la poetisa mexicana Rosario Sansores, la cual se enamoró vanamente de él. Cuando en 1932 estuvo gravemente enfermo, hecho un guñapo humano y recluido de caridad en el Hospital de Ciudad de México, la Sansores le prestó ayuda, convirtiéndose en su hada protectora. Empero, años después Barba Jacob le tomó antipatía, tanta que la corría de su casa cuando iba a visitarlo¹³¹. A ella le dedicó el libro *Canciones y elegías*, que eran treinta poemas y, como dice Vallejo, las dedicatorias pasaban de cuarenta¹³².

En sus postreros días algunas mujeres estuvieron pendientes de él, procurando hacer menos penosa la agonía. Alicia de Moya, una joven colombiana que vivía en Ciudad de México, le llevó, el día de Año Nuevo, natilla y buñuelos para satisfacer el deseo del poeta de volver a comer platillos de su nativa Antioquia¹³³. A no dudar, Porfirio sentía por ella gratitud y afecto paternal pues la trataba de “mijita” y de “niñita”¹³⁴. De igual manera, Clara Inés de Zawasky, esposa del embajador de Colombia, Jorge Zawasky, estuvo pendiente de su salud y permaneció muchas horas a su lado en los últimos días. Ella le preparó pandeyucas colombianos que él había solicitado¹³⁵. Margarita de Araújo, esposa de un periodista

130. Vallejo, op. cit., pág. 387.

131. Vallejo, op. cit., pág. 326.

132. *Barba Jacob, el Mensajero*, pág. 326.

133. Vallejo, op. cit., pág. 475.

134. Vallejo, op. cit., pág. 476.

135. Vallejo, op. cit., pág. 478.

ojos. Por eso se afirma que fue ella la única que ocupó lugar en el espacio reducido que el poeta destinó a la mujer.

Es necesario antes de proceder al balance final, analizar la personalidad de Miguel Angel Osorio frente a la mujer. Conviene hacerlo para poder entender su comportamiento.

El poeta era víctima de un complejo, debido quizás al recuerdo poco amable de su niñez, y también a su fealdad. Desde pequeño inspiraba compasión y lástima pues su cuerpo era algo mal proporcionado, como él mismo lo reconociera¹³⁷. En 1909 le confesaba a Alfonso Reyes: "Yo no sé por qué extraño capricho de alfarero no heredé la real belleza de mis progenitores. Mi madre tenía una frente arqueada con suprema delicadeza, y la barba redonda y hoyuelada, y rígido el cabello que era también muy negro, y tan finamente moldeados los labios. . . Mi padre tenía una barba de nazareno, partida y sedosa, y unos ojos turbulentos y una estatura de prócer. Un hermano mío fue ojiazul, rubio y General de División, o poco menos a los 23 años. A mí me han querido algunas mujeres por terquedad de su naturaleza (. . .)"¹³⁸. Lino Gil Jaramillo, por su parte, lo describió así: "(. . .) de facha ligeramente mefistofélica por su oscura indumentaria, su cara enjuta y alargada de macho cabrío"¹³⁹. En *La divina tragedia* declara también el poeta su complejo y se enorgullece de sus dotes masculinas: "(. . .) Advertía mi repugnancia por el trato de personas, mi alegría raudalosa, la timidez de mi Don Juan bajo una resuelta conformación masculina (. . .)"¹⁴⁰.

Pero ¿fue Miguel Angel Osorio, en algún momento de su vida, un Don Juan? Yo creo que sí, pese a que no tuvo el fenotipo del verdadero Don Juan, es decir, rasgos delicados, femeninos. Y lo fue en la adolescencia y en la madurez temprana, con características episódicas, transitorias.

137. *La divina tragedia*, op. cit., pág. I.

138. Vallejo, op. cit., pág. 73.

139. *El hombre y su máscara*, en *Porfirio Barba-Jacob-La tristeza del camino. Campaña Florida*. Salón XX, Banco de Colombia, Medellín, 1983. pág. 123.

140. *La divina tragedia*, op. cit., pág. 1.

Don Gregorio Marañón, que hiciera una descripción psicológica del Don Juan, dice que éste ama a las mujeres, pero es incapaz de amar a la mujer¹⁴¹. Yo agregaría que más que amar a las mujeres lo que hace es utilizarlas. Eso fue, precisamente, lo que le ocurrió a nuestro poeta en su época donjuanesca. El Don Juan suele buscar a la mujer como sexo, y el sexo fue el gran atractivo que la mujer tuvo para él, confirmando con ello la sexualidad equívoca de que hablara Marañón. Con excepción de Teresita Jarmillo y, quizás, de Cintia, todas las demás mujeres en las que puso interés, la atracción era únicamente sensual. Con la primera agotó su capacidad amorosa pura, casta; con la segunda su capacidad amorosa viril, anhelando poderse realizar como hombre con ella. Pero en ambos casos el amor estuvo tratado y vivido “como lo que no fue, como lo que no pudo ser, como lo que no sería nunca”, según lo señalara Daniel Arango cuando se refería a todo el periplo amoroso del poeta¹⁴². Su amor por Teresita fue ex-ámbito, casi místico. Así lo definió Germán Posada Mejía: “cuando la sombra de su novia —agrega— ha pasado para siempre, y la vida y el tiempo asesinan su amor, Porfirio renuncia al amor. Su amor será en lo sucesivo un sentimiento trascendental, de inspiración artística: nada tiene que ver con la mujer en cuanto tal”¹⁴³. Las demás fueron nombres, mujeres que hicieron fuego y se extinguieron luego, sin dejar nada; acaso un tenue rescoldo, o cenizas esparcidas al viento, como ocurrió en la plaza de Angostura con el amor de Virginia. Incluyo aquí, con algunas reservas a Cintia. Considero que ella significó mucho en la vida de Ricardo Arenales pero, por razones no precisadas, deliberadamente la situó en el desván de sus recuerdos.

Varias veces el poeta se lamentó de que las mujeres no lo hubieran amado. Pero, ¿acaso él las amó? En la *Canción Innonimada* podemos encontrar respuesta:

(. . .) *No tuve amor, y huían las hermosas
delante de mis furias monstruosas.
Lauros negros mi oprobio me ciñó (. . .)*¹⁴⁴

141. *Don Juan, ensayos sobre el origen de la leyenda*, Espasa-Caipe, Argentina, S. A., 1942, pág. 78.

142. Porfirio Barba Jacob, en *Revista de Las Indias*, No. 86, febrero 1946.

143. *Porfirio Barba Jacob, el poeta de la muerte*, pág. 130.

144. *Poemas intemporales*, op. cit., pág. 83.

En *Acuarimántima* proclama que la amada ideal no vino nunca¹⁴⁵. Es natural que hubiera sido así. Su frenesí amoroso, el que hervía en sus venas, era la mezcla pasional de una bacante loca y un sátiro afrentoso, tal como lo confiesa en la *Balada de la loca alegría*¹⁴⁶. En el cuento, o novelilla, como lo llamó el poeta, que sobre él escribiera el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez en 1914 (*El hombre que parecía un caballo*) encontramos el más crudo documento acerca de la relación suya con la mujer:

“(. . .) Sobre la base de esta percepción, me interesé más en su espíritu. Me confesó un día, dolorido, que ninguna mujer lo había amado. Y sangraba todo él al decir esto. Yo le expliqué que ninguna mujer lo podía amar, porque él no era un hombre, y la unión hubiera sido monstruosa. El señor de Arévalo no conocía el pudor, y era indelicado en sus relaciones con las damas como un animal. Y él:

—Pero yo las colmo de dinero.

—También se lo da una valiosa firma en arrendamiento.

Y él:

—Pero yo las acaricio con pasión.

—También las lamen las manos sus perrillos de lanas.

Y él:

—Pero yo les soy fiel y generoso; yo les soy humilde; yo les soy abnegado.

—Bien; el hombre es más que eso. Pero ¿las ama usted?

—Sí, las amo.

—Pero ¿las ama usted como un hombre? No, amigo, no. Usted rompe en esos delicados y divinos seres mil hilos tenues que constituyen una vida. Esa última ramera que le ha negado su amor y ha desdeñado su dinero, defendió su única parte inviolada: su señor interno, lo que no se vende.

Usted no tiene pudor.

Y ahora oiga usted mi profesía: una mujer lo redimirá. Usted, obsequioso y humilde hasta la bajeza con las damas; usted, orgulloso de llevar sobre sus lomos una mujer bella, con el orgullo de la hacanea favorita, que se complace con

145. Porfirio Barba-Jacob, *Poemas Selectos* (selección de Carlos Jiménez Gómez), Publicación patrocinada por Banco Central Hipotecario y Compañía Central de Seguros, Bogotá, 1983, pág. 218.

146. *El corazón iluminado*, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Editorial ABC, Bogotá, 1948, pág. 131.

su preciosa carga, cuando esa mujer bella lo ame, se redimirá: conquistará el pudor”¹⁴⁷.

Pero Rafael Arévalo se equivocó pues ninguna mujer lo redimió. Más tarde, en 1920, el poeta le responderá: “Maín Ximénez no se redimió el fin por una mujer, como tú me decías, mi amigo de Guatemala, sino por virtud del canto!”¹⁴⁸. Con esta frase queda al descubierto el pobre papel que el poeta le asignó a la mujer en su vida y en su obra. No olvidemos que no sólo fue Maín el irredento; tampoco Arenales ni Barba Jacob se redimieron.

En algún momento se llegó a rumorar que nuestro personaje había asesinado a una mujer. Tal versión tomó fuerza en La Habana hacia 1925, y señalaban a El Paso o a Chihuahua como el lugar del crimen. Nunca se pudo comprobar el rumor. Quizás mentes ligeras validaron la declaración homicida que se encuentra en algunos de sus poemas, y que, por supuesto, tiene sentido figurado. En *Acuarimántima*, ese poema “dolorosamente conclusivo”, como lo cataloga Carlos Jiménez Gómez¹⁴⁹ inmola, en efecto a Imali, tiñe sus manos con su sangre y cegado de furia dice:

*Y mi mano sacrilega se tiñe
de tu sangre, ¡oh Imali!, ¡oh vestal mía!
Mas no fue mi ternura, fue un furor. . .
Si de nuevo, a mis ojos resurrecta,
te pudiese inmolar, te inmolaría.
¿Ya ves, oh Imali, que no fue mi amor?*

*Gozoso aún, y pávido y tremente,
huí a la sombra, la cerrada sombra
que en su mudez acoge las iras y los vértigos.
¡Un hueco en tus entrañas, tierra dura!
¡Soledad, un refugio en tus entrañas!
¡Tu ojo sin vista, lobreguez impura!*

*Mas la sangre fluía en chorros de carbunclos.
Ante el cadáver lívido, sin blandones, sin túmulo,*

147. Ibid, págs. 95, 96.

148. *La divina tragedia*, op. cit., pág. X.

149. *Antología poética*, Editorial Bedout, Medellín, 1983.

todo estaba sangriento.
—“Asesino”, “Asesino”— *susurraba y se iba el viento.*
En los prados del monte fueron crimen mis huellas.
Como vírgenes desoladas
me bañaron de llanto de estrellas.

En las playas de luz mojadas
dí un alarido al ver el mar que hervía;
y huyendo en pos, en pos de la noche que huía,
me ensangrentó la sangre horrible del alba del día.
—“Asesino”, “Asesino”—
*susurraba y se iba el viento*¹⁵⁰

Pero, ¿quién era Imali? Posada Mejía la asocia con una sacerdotisa del amor, “mujer de sentido no menos impenetrable”¹⁵¹. En mi concepto Imali fue el símbolo de su instinto heterosexual, al cual asesina sin piedad:

(. . .) *La paz es mi enemigo violento,*
*y el amor enemigo sanguinario (. . .)*¹⁵²

Antes de sacrificar a Imali implora:

(. . .) *¡Dadme un beso, un contacto y una esencia,*
*una sensualidad de nuevo giro!*¹⁵³

¿Esta inmolación simbólica no se remonta, acaso, a su pasado en Barranquilla y corresponde al pasaje que relata en *La divina tragedia* y que he comentado atrás? En *Acuarimántima* también con-
signa:

(. . .) *La ondulante odisea rememoro*
con amor y dolor. . . Un linde vago,
*de súbito sangriento, ya cetrino. . .*¹⁵⁴

150. Porfirio Barba-Jacob, op. cit., págs. 223, 224.

151. Barba-Jacob, *el poeta de la muerte*, pág. 134.

152. Porfirio Barba Jacob, op. cit., pág. 224.

153. Porfirio Barba Jacob, ip. cit., pág. 223.

154. Porfirio Barba Jacob, op. cit., pág. 220.

Y más adelante:

*¡Soy esa sombra que cruzó el camino,
en sangre tinta, de lujuria ciega!*¹⁵⁵

En *Anima Victa*, cuando padeció una crisis de depresión sexual, exclama:

(. . .) *¡Oh si quisiera, oh si pudiera un día
gustar aún las mieles deseadas,
bajo mi vieja y lúbrica alegría. . .
sordas tormentas en la noche oscura;
beso de la mujer maligna y firme;
un sueño criminal, una locura
en que la incierta voluntad se afirme. . .*

*Oh, si quisiera, oh si pudiera un día
gritar aún bajo la noche clara:
¡sangre del crimen, riega tus destellos
en mis aguas letales y serena!
¡viento nocturno, agita mis cabellos!
¡hálito de pasión, hincha mis venas! (. . .)*¹⁵⁶

No creo, en definitiva, que Miguel Angel Osorio hubiera matado, físicamente, a una mujer. Las asesinó, sí, a todas, espiritual y sexualmente, no obstante que muchas de ellas incidieron de manera favorable en su vida y en su obra, como veremos en seguida, para lo cual me propondré asignarle el valor que pudo haber tenido cada una de ellas.

La mujer en su vida

Doña Pastora Benítez, su genitora, ejerció un influjo desfavorable en el transcurrir terrenal de Miguel Angel Osorio. El abandono a que lo sometió desde su más tierna edad y la indiferencia, por decir lo menos, con que lo recibió cuando él, próximo a la adolescencia, buscó su afecto, despertaron en su alma un sentimiento de orfandad que lo acompañó a lo largo de su existencia. Puede pensarse que más tarde fue la causa de su recóndito temor o rechazo

155. Porfirio Barba Jacob, op. cit., pág. 222.

156. *Poemas*, op. cit., pág. 94.

a la mujer, de su deseo de utilizarla como víctima propiciatoria, como si quisiera vengar en ella el desprecio de que había sido objeto por parte de su madre Pastora. No es descabellado tampoco suponer que dicho trauma psicológico intervino en su inclinación homosexual y en la misoginia de que dio muestras tras pasados los cuarenta años. Pese a que no se haya logrado establecer con claridad el papel que ejerce la relación madre-hijo como factor participante en la génesis de las tendencias homosexuales, se dice que de ese tipo de comportamiento pueden llegar a tener más culpa las madres apegadas a sus hijos, las que los protegen y miman con exceso, que aquellas duras y desafectas¹⁵⁷. Avala la ambivalente tesis lo ocurrido a dos grandes poetas franceses. Verlaine y Rimbaud. La madre de Paul Verlaine lo mimó hasta el exceso; llegó a ser el "príncipe de los poetas" pero acabó su vida carcomido por el alcohol, la miseria y la homosexualidad. Arturo Rimbaud, genio precoz de la poesía, tuvo una madre muy severa, que nunca se mostró cariñosa con él. Este joven poeta fue el amante y la fuente de inspiración de Verlaine y, como él, se extinguió presa del homosexualismo, de la bebida y de las drogas¹⁵⁸.

Para compensar el abandono a que lo sometió su madre de útero advino su madre abuela Benedicta, mujer que le brindó los tiernos afectos que la otra le negó. ¿Qué hubiera sido del infante Miguel Angel sin el apoyo de esa "mujer extraordinaria", como él la califica en *La divina tragedia*? Fue su orientadora y su guía y gracias a ella toda la familia, incluyéndose él, pasó de rústica a distinguida, de burda a discreta e inteligente¹⁵⁹. Además, la abuela Benedicta le infundió un sentimiento amable y noble de la vida. Su muerte se constituyó en un golpe cruel, en un daño irreparable. Fue entonces cuando se lanzó a la aventura en busca de Acuarimántima, de la amada ideal, de la flor de lilolá. Sus otros miembros familiares femeninos poca influencia ejercieron en su vida. Sus tías María del Rosario y Jesusa le dieron cariño; su hermana Mercedes le dio apoyo pecuniario en alguna ocasión. Eso fue todo.

Teresita Jaramillo, contra lo que pudiera pensarse, desempeñó discreta influencia en su vida, en contraste con la que ejerció en la

157. Irving Bieber, *Homosexualidad. Un estudio analítico*, Editorial Pax, México, 1967, pág. 61.

158. A.L. Rowse, *Homosexuales en la historia*, Editorial Planeta S. A., Barcelona, 1981, págs. 209, 210, 215.

159. Op. cit., pág. IV.

obra de Maín Ximénez y de Ricardo Arenales, como demostré atrás y corroboraré más adelante. Fugazmente, en un lampo, fue la "magnolia de luz de su energía". Cuando dejó Angostura llevaba en su corazón y en todos sus músculos los arrestos suficientes para conquistar el mundo y ponerlo luego a los pies de la idolatrada niña antioqueña. Pero traspuesto el horizonte de su terruño montañoso y alcanzadas las playas y sentido el mar ardiente, sensual y arrobador, ese anhelo de atrapar la gloria para engalanar la frente de la amada, tan solo quedó convertido en versos.

Vimos antes que Rafael Maya la equipara a Beatriz, la del Dante. Es esta, en realidad, una analogía desproporcionada, más que una hipérbole. Todos sabemos cómo influyó el recuerdo de la joven Portinari en la vida de Alighieri, y qué decir del efecto sobre su obra. Nada menos que a ella se debe que el Dante se hubiera inmortalizado, pues fue su inspiración para escribir *La Divina Comedia*. Lo prometió recién muerta Beatriz, y lo cumplió: "En adelante, si le place a aquel por quien todas las cosas viven, y se prolonga mi vida, espero decir de esta mujer bendita lo que no se ha dicho de nadie (. . .)"¹⁶⁰.

¿Qué hubiera ocurrido si Miguel Angel une su vida a la de Teresita cuando aún lo acompañaba la sencillez del corazón? Quizás entonces sí hubiera llegado la amada ideal y conquistado la ciudad nebulosa.

Cintia —¿Olga?— fue la mujer que, en mi concepto, dejó profunda huella en su vida y apresuró su tránsito por los senderos extraviados. Con ella vislumbró la posibilidad de realizarse como hombre. La amó con una pasión sensual desenfadada, sembró en ella su simiente y también amó, sin conocerlo, al hijo que anhelaba.

Lo que ocurrió luego es un misterio, ahondado por el silencio que Arenales y Barba Jacob deliberadamente guardaron. Su comportamiento posterior frente a la mujer hace aún más intrigantes el episodio que vivió con Cintia. Si ésta fue Olga, al poeta lo signó para siempre en el cuerpo y en el alma. La sífilis laceró sus carnes y el

160. Dante Alighieri, *La divina comedia*, Casa Editorial Garnier Hnos., París, Tomo I, pág. X.

destino —¿luctuoso?— de su hijo anonadó su inclinación hacia el sexo femenino.

Las demás mujeres que con nombre propio desfilan en el itinerario brumoso del poeta, muy poco significaron en su vida. La Sulamita, Amada Zabala, Silveria Prisco, Carolina Vásquez, Carmen, la joven de Monterrey que estuvo a punto de ser su esposa, Matilde López, Romelia, la Sansores, pasaron todas sin torcer un ápice el rumbo de su destino. Y esas otras anónimas —sombras furtivas—, las que complacieron sus “furias monstruosas” en los prostíbulos, algo tuvieron, a mi juicio, que ver en su vida: a la vez que fueron un objeto sobre el que se vertió, a modo de venganza, un odio contenido, se comportaron como un elemento degradante de su verdadera condición de hombre y como un acicate a sus tendencias homosexuales.

Las mujeres piadosas que estuvieron a su lado en las horas finales influyeron, ciertamente, en su vida, en lo poco que quedaba de ella. Al tiempo que atenuaron la tremenda soledad de ese atormentado despojo humano que era Barba Jacob, hicieron más amable su tránsito a lo desconocido. Cuando, por conducto de Fernando Vallejo, conocí con prolijos detalles los postreros días del poeta, vino a mi recuerdo una página hermosa de don Gregorio Marañón, que forma parte de un ensayo suyo, precisamente sobre la soledad: “Muchas veces —dice— en el cuarto de alguno que iba a morir, he sentido noblemente humillada mi ciencia de curar y mi energía de hombre ante la magia prodigiosa del simple rumor de una falda que iba y venía. Ningún remedio de los nuestros, pobres médicos, tiene el poder maravilloso de una mano de mujer que se posa sobre la frente dolorida. En ese trance la ciencia desaparece; y es en la mujer llena de mundo, donde se apoya la angustia del que va internándose en la soledad sin orillas del más allá”¹⁶¹. Seguramente Barba Jacob al escuchar el leve ruido de la falda de Concepción Varela, o de la de Margarita Araújo, o de la de Clara Inés de Zawadsky, o de la de Alicia de Moya, pensaría, en un reconocimiento tardío, que, sin duda, la mujer posee la mágica virtud de llenar el vacío del mundo.

La mujer en su obra

Nuestro poeta no puede considerarse como un escritor romántico, si se acepta que en esta corriente prima el corazón sobre el cerebro, la sensibilidad sobre la inteligencia y casi siempre es la mujer

161. *Soledad y libertad*, en *Vida e historia*, Espasa-Calpe, Argentina, 1947. pág. 25.

la fuente de inspiración. En sus primeras producciones literarias se advierte, es cierto, una tendencia romántica, tanto por los temas que trata como por la entonación amorosa que le imprime a su voz, o, mejor, a su pluma. Más tarde deja de serlo. Para Rafael Maya la angustia que caracteriza la producción poética de la madurez de Barba Jacob no es de origen romántico¹⁶². En cambio, para Andrés Holguín, que le da una interpretación histórica al romanticismo, su lírica fue romántica por cuanto en ella negó la realidad externa, se encerró en sí mismo poseído por la angustia, se enfrentó psicológicamente al mundo para roer su propio yo¹⁶³. Por no ser la crítica literaria el objeto de este trabajo, dejo a merced de los entendidos juzgar en qué escuela literaria puede ubicarse. Pero para el propósito que mueve sí es imprescindible examinar cuán importante fue el papel que la mujer desempeñó en su obra.

Es conveniente señalar que Miguel Angel Osorio no fue muy fértil, artísticamente hablando. En efecto, su obra duradera, permanente, fue reducida. Si nos atenemos a lo que exhiben las recopilaciones más recientes, sus poemas apenas se aproximan a ciento veinte, con el agravante de que los temas tratados en algunos de ellos son de carácter repetitivo, de variaciones sobre el mismo tema. Además, si relacionamos su producción poética con su transcurrir biológico, encontramos que de los cincuenta y nueve años que vivió, apenas veinte, de 1909 a 1929, fueron realmente productivos y, si somos más estrictos, esa veintena bien puede reducirse a catorce. Su producción en prosa, no periodística, aquella de verdadero valor literario, fue asimismo exigua. Su novela *Virginia* no llegó a la posteridad. El poeta siempre anduvo anunciándole a sus amigos que tenía escritas páginas sobre muchos temas, incluyendo su autobiografía, pero como nunca aparecieron, puede concluirse que esos escritos no fueron más que proyectos e intenciones. Como solitarias joyas, talladas con mano maestra, nos dejó, *La divina tragedia* y *Claveles*, que escribiera a la manera de prólogos a *Rosas negras* y *Canciones y elegías*, respectivamente. Un considerable volumen de su producción intelectual quedó dispersa en las páginas de los muchos periódicos y revistas donde colaboró, a la manera de comentarios ligeros o de crónicas intrascendentes. Finalmente, en el género epistolar se conocen unas cuantas cartas suyas, de carácter familiar y coloquial, de contenido muy humano pero de escaso valor literario.

162. Loc., cit., pág. 22.

163. Op. cit., pág. 167.

Pero para establecer a ciencia cierta la influencia que la mujer ejerció en su obra, es necesario hacer una relación detenida de las producciones en que ella se advierte involucrada. Por eso, para un mejor entendimiento, al lado de cada una de esas producciones colocaré el nombre de las mujeres que son identificables y la fecha en que se publicaron, recordando que no siempre el dato corresponde al momento en que fueron escritas.

Poemas dedicados a una mujer determinada, o a varias de ellas: *Teresita* (1904) a Teresa Jaramillo; *Carmen* (1906) a su amante de Barranquilla; *Ofrenda* (1906) a la señorita Elvira Herrera, de Barranquilla; *La esperada* (1907) no identificada (¿irreal?); *La carne ardiente* (1910) a Fantina (¿Silveria Prisco?); *El poema de las dádivas* (1912), en el que se identifica a Teresita y quizás a Cintia; *Cintia deleitosa* (1923), de ser un nombre supuesto, quizás corresponda a Olga, su amante de La Habana; *Carbunclos* (?), dedicado posiblemente a Cintia.

Producciones en prosa dedicados a una mujer en particular: solamente escribió *Virginia* (1903), la novela que fue incinerada y que la inspiró Silveria Prisco en Angostura.

Poemas dedicados tangencialmente a una mujer determinada: *Triste amor* (1918), a Cintia; *El collar desatado* (1919) a Cintia; *Nueva canción de la vida profunda* (1920) a Teresita; *En la muerte del poeta* (versiones de 1919 y 1921), a Teresita; *Elegía de un amor imposible* (1921), a Teresita; *Acuarimántima* (1908, 1921, 1933), a Teresita; *Elegía de Sayula* (1933), a Romelia, mujer no identificada.

En su prosa conocida se identifican: en *La divina tragedia* (1920), su madre Pastora, su abuela Benedicta, sus tías Rosario y María Jesús, sus hermanas Lola, María y Mercedes; la Sulamita, Teresita, Julia (una señora de Costa Rica, en cuya casa comía muy buenas chuletas), Fidelia; en *Transfiguración* (1927), su abuela Benedicta.

Poemas en los cuales se refiere tangencialmente a la mujer, o a las mujeres en abstracto: *Canto a la ciudad de Barranquilla* (1909); *La hora cobarde* (1911); *Anima Victa* (1912); *Canción de la vida profunda* (1915); *Lamentación de octubre* (1915); *Balada de la loca alegría* (1921); *Oración* (?) y *Toda la vida* (?).

En prosa hace referencia a la mujer en: *Mayo* (1907) y en *El hom-*

bre que parecía un caballo (1928), explicación de la “novelilla” de Rafael Arévalo Martínez.

Cuando vio la luz el volumen *La canción de la vida profunda y otros poemas*, editado por Jaramillo Meza¹⁶⁴, el poeta ya había muerto. Laureano Gómez, utilizando el seudónimo de “Jacinto Ventura”, arremete contra dicha publicación; su tremenda diatriba está dirigida particularmente a la circunstancia de que en el libro hubiera apenas una pequeña huella de la mujer. “Júzguese —dice— lo que puede ser un volumen donde esto sucede y en donde el noble sentimiento del amor está sustituido”¹⁶⁵. Yo considero exagerada y demasiado pasional la reacción del crítico. Lo que ha poco he reseñado no deja duda alguna de que la mujer en la obra del poeta no estuvo ausente. Es cierto que no fue el eje de su producción literaria, ni lo mejor de ésta fue inspirado por aquella. No fue, en definitiva, el poeta de la mujer. Otras eran sus fuentes de inspiración, como lo señalara Carlos García Prada: “Porfirio Barba Jacob vivió cantando, no sus amores, ni los encantos de la mujer, ni las gloriosas obras de los hombres, sino sus propios apetitos y deleites, sus dudas e inquietudes, sus angustias y desolaciones, y sus flaquezas y esperanzas”¹⁶⁶. Por su parte, Germán Posada Mejía, en la introducción a su sesudo estudio *Porfirio Barba-Jacob, el poeta de la muerte*, comenta acertadamente: “Por el peculiar y extraño rumbo de su propia existencia, sin embargo, Barba-Jacob se aparta voluntariamente del amor entendido en su más noble sentido, y expresa únicamente el amor de la carne, con ambigua pasión e inusitado desenfreno, con la turbulencia del *poeta maldito* que celebra sus “ocho pecados capitales”. No, él no será el cantor del *buen amor* (. . .)”¹⁶⁷. Debo añadir que en su juventud y en su madurez temprana, cuando tenía —como dice Morales Benítez— vocación de regreso a la infancia¹⁶⁸, cantó sus amores castos, el de su único buen amor, Teresita. Pero una vez que esa vocación fue reemplazada por la búsqueda de algo inaccesible, se valió, ocasionalmente, de los encantos sexuales de la mujer para

164. Ibid., Manizales, 1937.

165. *Barba Jacob, un degenerado*, Loc. cit., págs. 49, 50.

166. En *Poemas de Porfirio Barba Jacob*, Ediciones El Dorado, Bogotá, 1976, pág. 22.

167. Ibid. pág. 43.

168. En Prólogo de *Porfirio Barba-Jacob. La tristeza del camino. Campaña Florida*, Salón XX, Banco de Colombia, Medellín, 1983, págs. 14.

cantarla, llegando al clímax cuando invocó a Cintia. Y en su peregrinar tras la Amada Ideal fue deshojando sus años y su inspiración poética. La mujer, quedamente, llamó varias veces a su vida, pero él fue sordo a su llamado. Estaba convencido de que la virtud del canto lo había redimido cuando frisaba en los treinta y siete años, que fue la cúspide de su producción lírica. De aquí en adelante, ahuyentada ya la mujer de su vida, su inspiración quedó exósita. Quiso, como Walt Whitman, ser el gran catador de la vida, pero no escuchó su sabio consejo: "Aquel que camina una sola legua sin amor, camina amortajado hacia su propio funeral"¹⁶⁹.

169. *Canto a mí mismo*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1952, pág. 119.